

Lucio de Arechavaleta

El Nacional, 1967-07-03.

Acabamos de enterrar a un hombre que fue un soldado. Hay una clase de hombres que pasan desapercibidos por modestia, como los hay de los que están siempre en candelabro por vanidad. Lucio de Arechavaleta era, tanto en lo personal como en su representación oficial, un hombre respetuoso y discreto. En Venezuela, donde ha vivido sus últimos casi treinta años, lo conocían pocos. Esto demuestra una vez más que la publicidad no constituye ningún índice valorativo serio.

Este vasco sereno y terco que se nos ha ido era un hombre libre y un soldado.

Lucio de Arechavaleta no era, no, un soldado común, sin por esto restar dignidad a un soldado. Lo que quiero decir es que este vasco y venezolano ejemplar que acabamos de enterrar en el Cementerio General del Sur no cobraba sueldo, no usaba armas ni vestía uniforme; y que éste, a diferencia de muchos otros soldados, era, sobre todo, un soldado leal.

Así llegó aquí, por lealtad, y se ha quedado aquí por ella.

Lucio de Arechavaleta llegó al país con la derrota de su pueblo a cuestas. Llegó con Miren, su esposa, con la que lo hemos enterrado esta mañana, y con tres hijos muy pequeños; aquí tuvieron y enterraron un hijo, y tuvieron también una hija. Se dedicó, claro es, a trabajar. Pero eso para un soldado de la lealtad, como él, no era bastante.

¡Con lo fácil que es pasarse al enemigo en la derrota; con lo fácil que es, sin llegar a pasarse al enemigo, agacharse y no dejarse ver; con lo fácil que es sentarse en el camino y quedarse a dormir!

Lucio de Arechavaleta era de los que tenían el sueño leve, de los que no era capaz de perder su identidad, de los soldados que no podían agacharse ni sentarse, de los soldados que no se pueden rendir.

Lucio de Arechavaleta fue de los primeros vascos en organizar los Socorros Mutuos entre los recién llegados y después el Centro Vasco. Luego, en estos casi treinta años largos de un exilio decoroso, honesto, no ha hecho sino estar presente en todo lo que ha hecho la colonia vasca exilada aquí, en Venezuela.

Una tarea de soldado, de soldado leal.

Y así como rindió su servicio a la causa de su entrañable pueblo vasco, al que representaba en Venezuela sin escudos ni protecciones oficiales, ni favores diplomáticos pero con un gran decoro y una gran dignidad, también rindió un inestimable servicio a su país de adopción. Aquí proyectó su hombría de bien y su honestidad y su diligencia en varias empresas venezolanas, aquí sembró sus hijos (que son profesionales de su mismo temple) y sus nietos, y aquí ha rendido su vida, trágicamente, en este año cuatricentenario de la capital que él recorrió en el desfile de hace unos días encabezando la representación de la colonia vasca residente en Caracas.

Siempre he solido decir que la lealtad de un exiliado o de un emigrante hacia su país de origen es la mejor garantía de su lealtad para con el país que lo recibe. El hombre no alienta sino una sola lealtad. La lealtad es una virtud comprometida y comprometedora de la totalidad del hombre. Se es leal con los que uno vive, con los que uno se compromete; mal se puede confiar en quien renuncia alegremente a lo que se es por la tierra, la cultura y la sangre.

Venezuela, pueblo de ancho y generoso regazo, cuenta con muchos hijos nuevos que han probado su lealtad. Don Lucio de Arechavaleta es para nosotros, para los que tuvimos la suerte de tratarlo de cerca, una lección de soldado libre y leal.